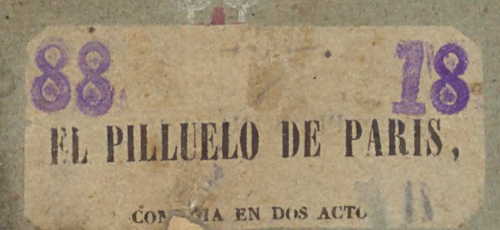


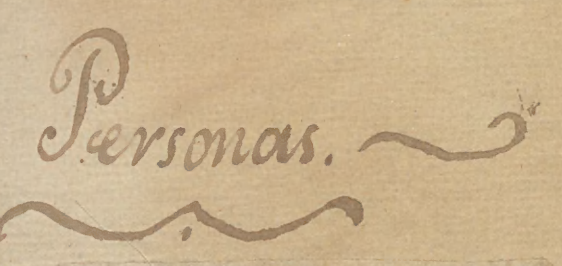
88. 18

EL PILLUELO DE PARIS,

COM[illegible]IA EN DOS ACTO[illegible]

Repetido





EL GENERAL MORIN.

AMADEO, *su hijo.*

LA BARONESA, *cuñada del general.*

GERTRUDIS, *abuela.*

JOSÉ... } *sus nietos.*
ELISA. }

EL SEÑOR BIZOT, *antiguo empleado.*

HILARIO, *ayuda de cámara del general.*

DOS CRIADOS.

La escena es en Paris: el primer acto en casa de G trudis y el segundo en la del general Morin.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala sencillamente amueblada: una puerta á la izquierda, otra en el foro, y una cómoda â la derecha.

ESCENA PRIMERA.

AMADEO, GERTRUDIS, ELISA.

Al levantarse el telon aparece Gertrudis sentada á la izquierda, haciendo media sin mirarla, con los ojos fijos y sonriéndose, y Amadeo sentado á su derecha retratándola; Elisa al otro lado copiando música.

Ama. No estoy contento con esta nariz; es preciso hacerla de nuevo.

Ger. Ay! me va usted á hacer otra nariz? á este paso no acabará usted nunca el retrato: ya hace tres horas que anda usted á vueltas con mis narices.

Eli. Tenga usted un poquito de paciencia, abuelita; que ya está muy adelantado.

Ama. Sí; con dos ó tres ratos...

Ger. Dos ó tres?.. le parece á usted poco?.. pues es divertido estar todos los dias dos horas de esta manera y con el cuidado de conservar la boca medio abierta, sin hablar una palabra y riendo... aunque una esté rabiando interiormente!.. Le aseguro á usted que si no fuera por los nietos... ahora que estoy tan vieja es cuando quieren sacar mi retrato, porque conocen que pronto les faltará el original, pues yo no estoy ya para aguantar tanto tiempo quieta... si no se despacha usted creo que me voy á consumir antes de que se concluya.

Eli. Abuela, y la sonrisa?

Ger. Ah, es verdad. (*Empezándose á sonreir y tomar el gesto con que empezó.*)

Eli. Ya ve usted, es preciso que nos aprovechemos de la vecindad del señor Amadeo, ya que se ha mudado á esta misma casa.

Ger. Es verdad que esa ha sido una felicidad.

Ama. (*Mirando á Elisa.*) Para mí, señora Gertrudis.

Ger. Es muy guapo el señor Amadeo; vecino mas amable !...

Ama. Señora...

Ger. Y tan juicioso, de tan buena conducta, nunca para en su casa, siempre en su trabajo.

Eli. Verdad es!

Ama. (*Mirando á Elisa con ternura.*) Ah! (*Alto.*) Qué quiere usted? tengo que ir al taller: ahora estoy pintando en las decoraciones del teatro del Ambigú.

Ger. Vea usted qué diferencia de este joven á mi nieto! Oiga usted, señor Amadeo, usted que tiene juicio y que ya es un hombre, hágame usted el favor de reprenderle, porque me tiene aburrida esa criatura: es tan revoltoso, tan holgazan, tan malo... vamos, un pilluelo, como dice el señor Bizot.

Ama. Quién, aquel delgaducho que vive en el piso tercero?

Eli. No haga usted caso de ese hombre, abuela, que no puede ver á José porque siempre le hace rabiar.

Ama. (*Riendo.*) Ah !.. ah !.. ah !..

Ger. Con que usted se rie?.. pues á su edad ya debia aplicarse al trabajo; pero sí, échele usted guindas, no piensa mas que en jugar, en correr por las calles, siempre dando ó llevando pescozones, tirando pedradas... Válgame la virgen! el dia menos pensado le va á suceder una desgracia, ó va á hacer una diablura que me cueste la vida. Ay! qué trabajo tengo con esta criatura, Dios mio! Dios mio!

Eli. Abuela, y la sonrisa?

Ger. Ah, es verdad. (*Gesto de sonrisa.*)

Ama. No debe usted tomar tan á pechos esas pequeñeces, es travieso; pero á su edad no tiene nada de estraño, y menos en él que es vivo como una centella; para eso tiene un corazon escelente y un bello caracter: lo que es á mí me divierte muchísimo. Y sabe usted que tiene talento?

Eli. Ya se vé que lo tiene: eso es lo que decia el

otro dia el regente de su imprenta: «Pepito seria muy pronto el mejor cajista de casa si se aplicase.»

Ger. Ya; pero qué harémos con eso si no se aplica... y no será porque no tiene en casa quien le dé ejemplo: ahi está su pobre hermana, mi Elisa, que dia y noche está trabajando, ya á coser, ya á bordar, ya copiando música.

Ama. Ah! Elisa es un angel!

Ger. Oh! está muy bien educada, tiene mucho talento y una conducta ejemplar... es la admiracion de todo el barrio. (*Elisa que se ha quedado pensativa deja caer un papel de música que tenia en la mano; Amadeo se levanta, lo coge del suelo y se le da.*)

Ama. Señorita! (*Aparte á ella.*) Por Dios Elisa!

Ger. Mientras que José...

ESCENA II.

DICHOS *y el señor* BIZOT.

Amadeo vuelve á su puesto y sigue con el retrato.

Biz. José es un tunantuelo.

Ger. Hola, señor Bizot.

Biz. Buenos dias, vecinos, porque todos lo somos, cómo va? Bien, he? á mí tambien; ustedes estarán buenos, no es asi? yo para servir á ustedes... estimando, gracias.

Ger. No va usted hoy al monte de piedad?

Biz. No es dia de venta.— Hola! Hola! se está usted retratando? y está muy parecido; sin embargo creo que debia usted estar mas de perfil y los ojos no tan abiertos... Calle!.. está haciendo un gesto con la boca, y tiene la nariz desfilando por la derecha, la cara muy larga y mucho mas blanca la tez; sin embargo, vecina, el retrato se parece muchísimo.

Ger. Yo lo creo.

Ama. (*Levantándose.*) Hola! Usted se precia de conocedor?

Biz. Lo que mas me maravilla es que el señor tenga

tiempo para hacer esto: siempre está tan ocupado! no para un momento en su casa.
Ama. Yo, qué aprension! (*Yendo al lado de Elisa.*)
Eli. Qué me mira usted? Yo no soy quien lo ha dicho.
Ger. Es verdad que de dia para poco en su habitacion.
Biz. Y de noche lo mismo.
Eli. Señor Amadeo.
Ama. Déjele usted; si no sabe lo que se dice.
Biz. Cómo que no sé lo que me digo? pues yo no lo saco de mi cabeza... la portera me enteró de ello esta mañana cuando subió á barrerme el cuarto; si señor, dice que siempre sale usted á media noche y no vuelve hasta el otro dia.
Ama. Ah! sí; alguna vez que otra, desde que estoy pintando en el teatro del Ambigú... para juzgar mejor del efecto de la luz artificial sobre las decoraciones, vamos de noche. (*Aparte.*) Maldito charlatan!
Eli. (*Aparte.*) Se ha turbado...
Biz. Pero eso á mí no me importa. Yo vengo á hablar á la señora Gertrudis de una cosa que le interesa.
Ama. (*Procurando reponerse.*) Alguna queja contra el pobre José.
Biz. Nada de eso... aunque nunca me falta motivo, y ahora particularmente.
Ger. Pues si está en el taller.
Biz. Sí, valiente pillastron.
Eli. Dios mio! pues qué ha hecho?
Biz. Qué ha hecho?.. Todavia estoy cojo; figúrese usted que yo estaba paseándome orilla al canal de S. Martin... no hace veinte minutos... Sí reparé que habia varios muchachos jugando al chito; pero no hice alto, por supuesto, y en el momento en que me hallaba mas descuidado... paf... me sacuden en la pierna precisamente un poco mas arriba del tobillo un trastazo con una gran moneda que me hizo ver las estrellas... estoy seguro de que tendré la señal, y en seguida oigo una voz burlona que dice «Fuera canillas.» Dí un grito espantoso... Ah! y al volverme lleno de indignacion, qué es lo que veo?

á José, á Pepito su nieto de usted, que en vez de ir á la imprenta estaba jugando y que se echa á reir al conocerme... Furioso me dirijo á él, pero inmediatamente me hallo rodeado de una caterva de diablos que me llevan á empellones hasta el baluarte gritando en todos los tonos; «paja larga! paja larga!» Ya ve usted que ese chico es muy malo y que no puede tener buen fin...

Ger. Eso es lo que yo temo.

Ama. (*Riéndose.*) Porque le ha tirado á usted una moneda á las piernas!

Eli. No hay duda que le habrá hecho á usted mucho daño!

Biz. Canario! Con que no me ha hecho... pero no riñamos por eso, señorita Elisa... es hermano y usted le defiende, no hay cosa mas justa; no por eso dejaré de hacerla á usted justicia y apreciar á su familia, y la prueba es que vengo á revelar á la abuela un secreto muy importante para usted.

Eli. Para mí?

Ama. En ese caso yo me retiro. (*Se oye á José que llega.*)

Ger. Quién corre asi?

Biz. Eso no se pregunta.

ESCENA III.

DICHOS *y* JOSÉ *corriendo, sin casquete y en blusa, calado de agua y tiritando.*

José. Herr, herr, hirr, harr, una blusa abuela, una blusa y todo lo demas... estoy tiritando... harr.

Eli. Dios mio!

Ger. Vé usted eso!

Biz. Guapo!

José. Señor Bizot, quiere usted jugar á calienta manos? harr.

Ama. De dónde diablos sales?

Eli. Tú vas á quedarte baldado.

José. Bah... esto no es nada, Elisita, nada... una blu... blu... blusaar...

Ger. Pero de dónde sales, condenado, de dónde sales de ese modo?

José. Del canal de S. Martin, abuela: si viese usted qué fria está el agua! hurr...
Todos. Del canal?
Biz. Habrá hecho alguna diablura y le habrán tirado al agua.
José. En eso se equivoca usted porque me he tirado yo mismo. (*Saca un pañuelo mojado del bolsillo y salpica al señor Bizot.*)
Biz. Uf! qué diablo!
José. Hola! Usted por acá, señor Amadeo!
Ger. Pero vamos á ver, cómo ha sido eso?
José. Si no ha sido nada, abuelita; se lo digo á usted de veras... me acerqué demasiado, enteramente á la orilla, y catapuf... adentro... nada, figúrese usted que me ha caido un chaparron... lo mismó es, y deme usted una blusa... la azul, y la camisa de los dias de fiesta, las medias de idem, el pantalon correspondiente y un pañuelo limpio...
Ama. (*Aparte.*) Qué travieso es!
Ger. Pronto, Elisa, pronto, dale ropa. (*Elisa saca la ropa de la cómoda.*) Pero yo quiero saber cómo ha sido esta diablura, caballerito, lo oye usted, quiero saber la verdad.
Biz Por supuesto; responda usted á la señora Gertrudis, dígale usted...
José. Y si no quiero decírselo delante de usted? és usted mi abuela? á usted que le importan mis asuntos. (*A Amadeo.*) Tengo sangre en las narices, eh?
Ama. Múdese usted pronto, que se va usted á pasmar.
José. (*Mientras le quitan la blusa.*) Señor Amadeo, parece que no está usted siempre tan fachenda como ayer, y hace usted bien.
Ama. Yo!
Eli. (*Acercándose con viveza.*) Señor Amadeo...
Ger. *Registrando los bolsillos de la blusa.*) Qué es lo que tienes en los bolsillos? (*Enojada.*) Válgame Dios. (*Saca un trompo.*)
Biz. Un trompo!
José. Toma! un peon; démele usted, señor Bizot.
Eli.(*Dándole una blusa, camisa y pantalon.*) Vamos, á mudarte pronto.

Ger. (*Sacando una moneda grande de cobre.*) Una moneda de seis sueldos.

Biz. La misma... la conozco... la de mis piernas.

José. Ah! es para el chito... voy, abuela... (*A Elisa.*) A tí te lo diré todo. (*A Amadeo.*) Porque va en tilbury no saluda á sus conocidos, qué orgullo! voy... hor... har... (*Se va saltando por la puerta derecha.*)

Ama. Otro hablador... afortunadamente no han oido.

Ger. Pero señor, qué diablos habrá ido á hacer en el canal?

Eli. Ya se lo dirá á usted él mismo.

Ger. Este chico me tiene que quitar la vida.

Biz. Lo cierto es que tiene unas manos fatales... Pero á todo esto, señora Gertrudis, yo tengo que hablar á usted de un asunto importante.

Ger. Bien, pues...

Ama. Me retiro... Señorita, Señora... mañana me parece que concluiré el retrato.

Ger. Gracias, señor Amadeo, hasta mañana. (*Amadeo se va por el foro con la caja, Bizot y Gertrudis por la izquierda: luego que han desaparecido vuelve á entrar Amadeo.*)

ESCENA IV.

ELISA Y AMADEO.

Eli. No: váyase usted.

Ama. Nada temas, ahora no saldrán.

Eli. Me hace usted temblar.

Ama. No tengas cuidado.... Yo debiera reñirte... no tienes confianza en mí... me haces un agravio en sospechar...

Eli. Pero convenga usted en que tengo razon, esa vida misteriosa que usted lleva.

Ama. Nada hay que no sea muy natural... mis ocupaciones... mi trabajo...

Eli. Antes no era asi... siempre estaba usted en su casa, y nunca buscaba pretestos para dejarnos... entonces me amaba usted...

Ama. Y ahora te amo mas que nunca.

Eli. Ah! si no fuera asi no sé lo que haria... yo soy soltera, pobre; y si usted me engañase amándole tanto... si abusase usted de mi confianza... infeliz de mí entonces!

Ama. Ah! no me creas capaz de olvidarte... yo te amaré eternamente... y cualquiera que sea la suerte que me está reservada jamas podrá borrarse de mi corazon esa gracia, ese candor angelical... Elisa. (*La besa la mano.*)

José. (*Viéndole al salir.*) Perdone usted por la cortedad. Esas tenemos?

Eli. Cielos!... mi hermano!...

Ama. Adios, José... (*Se va.*)

José. Te ha besado la mano como un señor... quiere usted hacerme el favor! qué tontuna! la mano teniendo cara!...

ESCENA V.

ELISA, JOSE.

Eli. Por fin te has mudado, ahora no tendrás frio.

José. Qué! ya estoy sudando: díme, no tengo asi un aire de importancia?...

Eli. Como el de otro cualquiera.

José. Si yo tuviese un vestido azul elegante como el señor Amadeo, me tendrian por un caballero como á él... solo con 55 ó 60 pesetas pareceria... qué sé yo! y los domingos cuando me pongo el sobretodo que me hizo volver la abuela, y el chaleco azul que tú me has hecho de lo que te ha sobrado de tu vestido, no estoy del todo mal, y sin enmbargo no tengo vanidad como el señor Amadeo.

Eli. Pues qué, él ha usado contigo?...

José. Por supuesto... el otro dia llevaba las pruebas de una novela al señor Pablo Kok; iba leyéndolas por el camino cuando por poco me espachurra un caballo soberbio... oigo hue! hue! me vuelvo dando un salto, y á quien veo en un tilbury? al señor Amadeo! que sin conocerme me alarga un latigazo... Señor Amadeo, le digo gritando, vaya usted con Dios; si, échele usted un galgo, se hizo el sueco

y siguió corriendo como si tal cosa... vaya un fantasmon, eh?

Eli. Pero cómo es posible que él tenga tilbury?

José. Eso no lo sé; pero estoy seguro de que él me dió el latigazo y llevaba su Jockey, uno sin pelo de barba, jovencillo, gordiflonoillo, con unos mofletes y una cara de pascua! tan alegrillo! no, no se me despintaria si le viese.

Eli. Vamos, estás disparatando.... Dejemos eso: no me dirás lo que te ha pasado esta mañana? cómo ha sido el caerte en el canal?

José. Oh! es una aventura muy graciosa, pero no quiero contársela á nadie mas que á tí... tú tienes muy buen genio y no me regañarás; yo te quiero mucho, Elisa, mucho, mi querida hermana, porque cuidas muy bien á la abuela... ¡Pobre viejecita!... siempre regañando por aquí, gruñendo por allá.... cuando llora, cuando tiene algun disgusto por mí, por tonterias, me caen unas lágrimas... ¡Pobrecilla!... pero si la quiero tanto... mira, cuando la beso me la comeria... por vosotras me echaria al fuego.

Eli. Pero si ahora no se trata de que te eches al fuego.

José. Ah! sí, de que me he echado al agua. Por supuesto has de saber que cuando encuentro á mis compañeros... porque lo que me tienta siempre son los baluartes ó el canal; si no hubiera canal ni baluartes en Paris no habria nadie mas juicioso que yo... pero ya se vé, pasa uno por allí, estan jugando, eh? dice uno, un cuarto de hora mas ó menos... diré que me han entretenido con las pruebas: se mete uno y á Dios... yo he ganado media peseta... eso no es malo, verdad? (*Aparte.*) Bien que antes habia perdido una en la imprenta.

Eli. Pero, Pepe, y el canal?

José. Verdad es... volvamos al canal: llegué, encontré allí una porcion de amigos, Miguel, el hijo del tornero, Benito el del escultor, que es ebanista... qué sé yo? una porcion jugando y cerca de una peseta encima del chito... asi que los vi dije: «dos mas» y me coloqué el último, uno de los chicos gruñia porque dice que soy un fistol... qué tonto!...

y sabes por qué? porque tengo dos piezas para tirar machacadas, que valen un napoleon; con la una tiro á arrimar y con la otra á taco... no te las he enseñado?

Eli. Pero el canal, el canal?

José. Ah! si, vamos al canal... puse mis cuartos y saco las (*Tira del pañuelo que lleva en la blusa y cae un trompo*) piezas asi... Calla, mi coquera..... si vieras que bien baila todavia? tiene una vida! y nunca me hace birria, (*La enhebra siguiendo la narracion, la tira y coge en la mano, juego cómico.*) alli en el baluarte, junto al Gimnasio es donde la habias de ver, en aquella plazoleta... Pues, señor, con la primera pieza derribé el chito con toda la calderilla que tenia encima... medimos y no era mio mas que la mitad pocos mas; se habian rodado algunas piezas... habia mucha gente mirándonos; niñeras, chiquitines... que sé yo?... iba á tirar la segunda y oigo un chillido terrible... qué será? qué no será? y sabes que era? una bestia de criada que estaba hablando no sé con quien sin hacer caso de un niño que llevaba, y el pobre chiquitin se habia caido al canal. Chiquirritillo de tres años y medio... todos gritaban... socorro! que se ahoga una criatura!.. socorro!.. yo que lo veo echo á correr y sin decir á la una, á las dos ni á las tres, suit... me zambullo en el agua y nada que te nada le pesco por los ricitos en el momento en que se me iba á meter debajo de un barco cargado de tejas... no fue mala la fortuna, eh? si tardo un poco mas, buenas noches. A la borrica (*Tira el trompo y lo coge en la mano.*) de la criada me la encontré con un patatús cuando salí del agua con su niño... (*Por el trompo que tiene bailando en la mano.*) No te lo echo porque tiene muchas chichas y te lastimaria los dedos... estuve por decirla... qué sé yo?.. ahi tiene usted su criatura fue lo único que la dige y otra vez tenga usted mas cuidado... Tambien los padres tienen buena calma, merecian... no; si yo llego á tener hijos irán á paseo conmigo... pero cuánta gente se agolpó!.. Todos me rodeaban, me daban la mano y me hubieran abrazado á no ser por-

que temian que los mojase... á mí me daba vergüenza, porque como estaba calado y con la traza que has visto... de modo que me escurrí como pude, me vine corriendo á casa y ahi tienes toda la historia del canal, es bonita: no es verdad, Elisa? (*Tira el peon.*)

Eli. Me has hecho llorar con ella!.. pobre José, tan modesto, tan buen corazon y siempre acusándole!

José. Quién? El señor Amadeo?

Eli. No lo créas: él te hace justicia; y mira, te pido que no le tengas rencor; quiérele por el cariño que me tienes y nunca digas mas de él, delante de la abuela sobre todo, porque me das una pesadumbre.

José. Pues no tengas cuidado, te lo prometo.

Eli. No me cuesta poco el defenderle contra el señor Bizot.

José. Eh... No hagas caso de él, es un vejete estrambótico, un retoño del antiguo régimen, que tiene en cada cana una preocupacion.

Eli. Pero tambien esta mañana el golpe que le diste!

José. Y por qué se zampa en el chito? ademas no tiene porque quejarse, yo le avisé... le dige bien fuerte. «Fuera canillas.» (*Al decirlo tira el peon, que ha vuelto á enhebrar, y da al señor Bizot que entra al mismo tiempo seguido de Gertrudis.*)

ESCENA VI.

DICHOS, GERTRUDIS *y* BIZOT.

Biz. Pues entonces... Ay! bravo!!! bien!!! pues digo que....

José. Perdone usted, señor Bizot.

Ger. Qué es lo que has hecho?

José. (*Toma la calceta de su abuela y se pone á hacer punto sentado.*) Yo? nada... déjeme usted, abuelita, le haré á usted un poco de calceta.

Biz. No, acaba antes conmigo.

Ger. Pero qué has hecho?

José. Y si ha sido sin querer: sabia yo que iba á salir al mismo tiempo? Mire usted, señor Bizot, tengo la mano desgraciada para usted, no se me pon-

ga usted delante, porque alguna vez le voy á romper á usted cualquier cosa... de fijo.

Biz. Pues me voy por si acaso á mi habitacion. Señora Gertrudis, al instante volveré por la respuesta: adios, niña.—Diantre, parece que el chico se ha propuesto martirizarme. (*Al pasar por delante de José.*) Hem... revolucionario! Si no fuera... (*Se va.*)

(*José. Soltando una carcajada.*) Ah! ah, ah, ah, ah

ESCENA VII.

ELISA, GERTRUDIS, JOSÉ.

Ger. Todavia se rie!.. picaron, no sirves mas que para darme disgustos, para matarme á pesadumbres.

José. Bah, si llora usted soy hombre al agua.

Ger. Váyase usted al taller, picaronazo.

José. No, abuela, eso sí que no; no me voy sin que hagamos las amistades; dejarla á usted enfadada? entonces estaria yo malo todo el dia.

Eli. Vamos, abuela.

Ger. No, no, que se vaya, no quiero verle. Perezoso, holgazan!

José. Bueno; regáñeme usted todo lo que quiera... confúndame usted, abuelita; quiere usted pegarme un poco?... Si eso la tranquiliza á usted... no lo deje usted por cortedad... (*Aparte.*) Algunas veces me sacude... pero nunca me hace daño.

Ger. Bien lo merecia usted... un destrozon... siempre hecho pedazos, que su hermana se deshace los ojos por coserle todas las noches.

Eli. Si á mí no me cuesta trabajo.

José. Elisita! (*Haciéndola fiestas.*)

Ger. Y la gorra? ahora que reparo, dónde está la gorra, condenacion?

José. La gorra?.. calla, y es verdad!.. se ha quedado en el canal, abuela.

Ger. Una gorra que ha costado tres pesetas... vete... vete... tú tienes que morir en un patíbulo. (*Va á sentarse en su sillon.*)

José. Porque he perdido la gorra? Hola se ha ido á sentar; ya es mia.

Eli. (*Sentada cerca de Gertrudis.*) Ya estaba muy vieja.

José. Y luego vea usted, ponerse asi por una gorra que contaba diez y ocho meses de trabajos! Ademas, le parece á usted que me faltarán á mí gorras? quiere usted que le haga veinte en un momento? apuradamente en la imprenta no necesitamos sombrero. (*Toma de la mesa un pliego de papel y hace una montera.*) quiere usted un colbak? un sombrero á lo Napoleon? una mitra de obispo?... no tiene usted mas que hablar y lo tendrá usted de nueva invencion por privilegio esclusivo. (*Se pone la montera que ha hecho, sube sobre una silla, y tomando una actitud se pone á gritar.*) «Aqui, al sombrerero frances premiado por S. M.; sombreros de nueva invencion, impermeables; el sombrerero frances.»

Ger. (*Sin poder contener la risa.*) Y cómo se enfada una con este diablillo?

José. Se ha reido.

Ger. Pero díme, por qué has ido al canal? qué tenias que hacer alli?

Eli. Por esta vez, abuela, no le regañe usted, porque ha hecho una buena accion; sepa usted que ha salvado una criatura que se estaba ahogando.

Ger. De veras? bien, hijo mio! con que has salvado?.. No digo que eso esté mal hecho; pero por que has de destrozar asi la ropa?

José. Toma... yo no sé meterme en el agua sin mojarme: vamos, hagamos las paces, abuelita. Si no es usted (*Se acerca á ella y la acaricia.*) tan mala como parece, ni yo tampoco soy un picaronazo, ni tunante como usted dice, sino un buen muchacho que quiere mucho á su abuela... (*La abraza.*)

Eli. (*Aparte.*) Qué picaruelo!

Ger. Ya lo sé, lo sé... pero entonces por qué me haces inquietar? Es preciso trabajar, es preciso ser hombre de bien.

José. (*Deslizándose de rodillas delante de ella.*) Sí, sí, tiene usted razon... yo no soy mas que un pillito, pero no tenga usted cuidado, que con el tiempo... de aqui á un año ya no jugaré al chito, ni á nada...

solo pensaré en trabajar y siempre firme... Verá usted, pasaré á todos los del taller, seré prensista, cajista, director, qué sé yo? Mire usted, nuestro patron vino á Paris con almadreñas, el saquito á la espalda, tan pobre, mas pobre que yo... y ahora tiene una gran imprenta con muchos oficiales, mucho dinero, vajilla de plata, y en la última esposicion le dieron una hermosa cruz de honor que lleva en el ojal del frac. Y por qué no he de llegar yo á tener otro tanto? Ay Dios mio, y cuánto me alegraré por usted! entonces nada le faltará á mi abuela; su café por la mañana con una gran tostada de manteca bien cargada y calentita... un coche para ir á paseo; y los domingos su palco en el teatro del Ambigú... Cómo la cuidaré, cómo la mimaré á usted, abuelita... (*Besándola.*) Mi querida abuelita...

Eli. Ya se acabó todo, no es verdad?

José. Y un dote para Elisa; un dote enorme!

Ger. Es muy guapo muchacho... eso sí... y espero que con el tiempo será un hombre de provecho... Sí, todos los dias pido á Dios que os bendiga... porque, hijos mios, somos pobres, vuestro padre nada dejó... un pobre militar.—Pero valiente y estimado de todos... es preciso imitarle... Pobre Esteban! le he perdido y era mi único consuelo... pero al menos que cuando me muera pueda decir; son pobres pero honrados como su padre.

Eli. (*Aparte.*) Dios mio!

Ger. (*Llorando.*) Hijo mio.

José. Vamos, ya está usted llorando... eso no me gusta... nos quiere usted afligir? (*Con su pañuelo la enjuga las lágrimas.*) Ve usted? ya ha hecho usted llorar á mi hermana.

Eli. (*Vivamente.*) Quién, yo? no lo creas.

José. Ríase usted, abuelita... mamá Gertrudis, ríase usted, vamos pronto, una risita y me voy contento.

Ger. (*Riéndose.*) Vete, anda al taller; (*Le besa y se levanta.*) pero no vayas al canal.

José. Bueno; me voy derechito á la imprenta. (*Saltando la abraza y la besa.*) Viva mi abuelita, has-

ta luego, Elisa; ya verás si tengo juicio. (*Vase trotando.*) Tarará, tarará, tarará, tarará, tarará.

ESCENA VIII.

ELISA *y* GERTRUDIS.

Eli. Qué buen corazon!

Ger. Pero por qué tendrá esa tema al señor Bizot? ese buen vecino que nos quiere tanto!

Eli. Porque siempre...

Ger. Vas á criticarle tú tambien, despues que te aprecia tanto? Ahora mismo me acaba de hablar de un asunto que te interesa.

Eli. A mí?

Ger. De un casamiento.

Eli. Qué quiere usted decir?

Ger. Que esta mañana el tendero de la esquina ya sabes...

Eli. El señor Durand?

Ger. Pues... llamó al señor Bizot que pasaba por allí... conoce usted á la jovencita Elisa Meunier? le dijo: sí señor, respondió el vecino. No es nada rica eh? Bastante pobre; pero bien educada?—Perfectamente! como que ha estado tres años en el colegio de *S. Dionisio*, como hija de un legionario; y ademas, continuó el buen Bizot, es un angel, un tesoro para el que tenga la fortuna de casarse con ella.—Pues bien, respondió el señor Durand, ese tesoro quiero adquirirle yo.

Eli. Cielos!

Ger. Sé que tiene habilidad para todo, que es muger de su casa, que no sale nunca; que quiere mucho á su abuela, y esta es buena señal... yo soy viudo, sin hijos, y si me quiere me caso con ella, su familia será la mia.—Qué es lo que tienes?

Eli. Nada, abuela, nada.

Ger. Al instante el señor Bizot ha venido á decírmelo, porque conoce que me habia de alegrar, y tú tambien, por supuesto... yo le he dicho que consentiriamos.

Eli. Pues ha dicho usted muy mal.

Ger. Cómo?

Eli. Perdone usted... quiero decir que no ha dicho usted bien... porque... la verdad... yo no quiero casarme con el señor Durand de ningun modo.

Ger. Qué es lo que dices, muchacha! Un partido tan brillante! hija mia; sabes lo que hablas? tú na[illegible] tienes... es cien veces mas de lo que podias prometerte.

Eli. Será asi; pero yo no le quiero.

Ger. Ya le querrás... al marido siempre se le quiere cuando es rico, y sobre todo hombre de bien... debes reflexionar que él puede hacer mucho por tu hermano, y que el casarse nunca es dañoso; yo no he de vivir siempre y necesitas un apoyo... no llores, niña.

Eli. (*Abrazando á Gertrudis.*) Ay abuela! Yo nunca podré amarle.

Ger. Nunca, hija mia, nunca! pues acaso amas á algun otro y me lo has ocultado? eh! dime?

Eli. No me pregunte usted mas, abuela.

Ger. Y por qué? Yo quiero saberlo: habla, y cuidado con mentir. Ocultar un secreto de esa naturaleza á su madre! vamos, esplícate.

Eli. No puedo, no debo...

Ger. Cómo! no te atreves á nombrar al que amas? bajas los ojos? Si por casualidad.... sí, vamos, ya sé, el señor Amadeo...

Eli. Yo no lo he dicho.

Ger. Pero yo lo he adivinado.... sí, ya estrañaba yo tanta visita... siempre en casa un desconocido!— que no sabemos con certeza de qué vive.

Eli. Esta misma mañana no decia usted eso.

Ger. Ya... porque no habia caido en... pero el señor Bizot me ha hecho esa observacion... ya murmuran en el barrio... notan [illegible] visitas, y es preciso que concluyan hoy mismo... ó que se esplique... vamos, sobre todo, no te aflijas, hija mia.

Eli. Pero no crea usted al señor Bizot... porque tiene tema á Pepito.

ESCENA IX.

DICHOS, *y el señor* BIZOT.

Biz. Pepito? Pepito está preso.
Eli. Cielos!
Ger. Preso! y por qué?
Biz. Toma!.. porque como es un tunantuelo...
Eli. Mi hermano!

Ger. José!.. Ah!.. señor Bizot...
Biz. (*Sosteniéndola.*) Vamos, vamos, sosiéguese usted... tal vez no será nada, yo lo espero asi... y por último, yo lo habia pronosticado... con una conducta como la suya...
Eli. Pero espliquese usted. Dónde está?
Biz. Toma! preso...
Ger. Dónde?
Biz. Los soldados que le han arrestado se lo llevaban...
Ger. Esto solo me faltaba! Dios mio!
Eli. (*Aparte.*) Qué hombre! (*Alto.*) Pero diga usted por qué.
Biz. Si no es cosa grave, no hay que tener cuidado.
Ger. Pero por qué le han arrestado, diga usted, diga usted.
Biz. Porque.... yo no lo sé á punto fijo.... ni debo tampoco...
Ger. Por Dios, señor Bizot.
Biz. Una vez que se empeña usted, diré lo que sé... yo volvia de casa del señor Durand, á quien ya he dado la contestacion que usted...
Ger. Bien, ya hablaremos de eso.
Biz. Cuando á lo último de la calle del Arrabal, veo una porcion de gente siguiendo á dos jóvenes que llevaba la guardia.— Pero juzguen ustedes de mi sorpresa al reparar,—digo sorpresa, eso no me sorprende, porque... en fin, ví que uno de ellos era su chico de usted.
Ger. Dios mio!
Eli. Usted lo ha visto?
Biz. Lo mismo que la veo á usted... me llegué á una

señora que estaba mirando, y la pregunté por qué llevaban á aquel muchacho.

Eli. Y qué?

Biz. Me dijo... que no lo sabia... entonces me dirigí á un lonjista que estaba á la puerta de su tienda, y me contestó... vamos, no quiero afligirlas á ustedes con...

Ger. Acabe usted por todos los santos!

Biz. Pues me contestó que se trataba de una pieza de tafetan que habia sido robada en el almacen de enfrente.

Ger. Robada!

Eli. Y mi hermano!.. eso es imposible.

Biz. Asi me lo han dicho.

Eli. Ah! yo voy, y reclamaré... yo diré... un robo! mi hermano!.. es mentira...

Ger. Mi nieto ladron! mi José! moriré de vergüenza... Dios mio!

ESCENA X.

DICHOS *y* JOSÉ.

José. Calla!.. qué es esto?

Eli. Aqui está!

Biz. José!..

Ger. Ve usted? ya le han soltado.

José. Por supuesto... vaya, no lloren ustedes por eso... vaya una tonteria!..

Ger. No es verdad, hijo mio, que tú no has robado nada á nadie?

José. (*Con la mayor sorpresa y sériamente resentido.*) Qué dice usted, mamá?.. y ha podido usted creer!.. un robo!.. [illegible] han atrevido á decir... á sospechar que yo... (*Se echa á llorar.*) Eso sí que es una infamia!

Ger. Vamos, cálmate.

José. (*Fuera de sí.*) Y quién es, quién ha sido el bribon...

Eli. No te incomodes... es que el señor Bizot creyó...

Biz. (*Dando un salto hácia atras.*) Adios!..

José. (*Quiere embestirle, y Gertrudis y Elisa le detienen.*) El señor Bizot!.. con que es él el que me ha acusado!.. venir á decir á mi abuela que yo soy...

que yo he robado... usted quiere que yo le mate; se ha empeñado usted en ello... déjenme ustedes...

Ger. José!.. Cuidado conmigo...

Eli. Hermano!

José. Váyase usted... váyase usted de aqui, porque de lo contrario no sé lo qne haré!.. y sino fuera por respeto á esas canas...

Biz. Sí, ya se conoce...

Ger. Pero al cabo ibas arrestado y podia creer...

José. Arrestado... arrestado...

Eli. Por alguna muchachada...

José. Ni aun eso; no tiene usted mas que preguntárselo al señor Amadeo.

Eli. Cómo?

José. Él lo ha visto, pasaba por alli. (*Aparte á ella.*) Si supieras lo que he descubierto!

Ger. Y qué ha sido, vamos.

José. Verá usted, abuela. Salia de la imprenta de recoger las pruebas que espera hace tres dias el señor Kock, y veo una porcion de gente, municipales, agentes de policia, unos corrian, otros daban voces, los perros ladraban... creí que era una asonada, y como uno no sabe lo que puede suceder, traté de armarme de cualquier cosa.

Ger. Siempre has de tener tú ideas...

José. No, no fué idea ninguna, fué una piedra lo que cogí... bueno es tener algo con que defenderse... en fin de pronto vea usted que una peladilla rompe un farol... no era la mia... bajo palabra de honor... un guardia municipal que estaba delante de mí se vuelve y se empeña en que soy yo el que la ha tirado.—Municipal, usted se equivoca, le digo yo, y me responde.—Tú has sido, tunante.—Municipal, está usted en un error.—Cállate el pico, insolente; mire usted con que formalidad lo niega el galopin.—Municipal, yo llevo estas pruebas al Sr. Pablo Kock y tengo prisa, con que...—Qué me importa á mí tu prisa ni el Sr. Kock... tú has roto el farol, yo te he visto.—Mire usted que brutalidad, y estaba de espaldas á mí... como si un municipal tuviera ojos en el cogote.—Yo te he visto, seguia; qué tal! todavia tienes una piedra

en la mano.—Pues porque la tengo está claro que no la he tirado, le digo enfadado, y es usted un alcornoque, señor Municipal, si no se convence de que yo nada tengo que ver con la pedrada. Al oir esto levanta la mano para darme un puñetazo... yo que observo la accion me agarro á él, le echo la zancadilla, y en dos tiempos, patafuf, le acuesto en el suelo á reposar de sus fatigas. Mientras que todos reian trato de escapar, pero me encuentro detras tres sargentos de villa que me agarran del pescuezo.

Eli. Dios mio!

José. Tres nada menos, y como yo no tengo mas que dos piernas, conocí que no podia sentarlos en la misma banqueta... Amiga, tuve que entregarme y me llevaron con el otro... uno grandullon que habia robado no sé qué...

Biz. Eso es.

José. Qué dice usted?

Ger. Y por último?

José. (*Con intencion mirando á Elisa.*) Por último, se apareció alli un caballero, un caballerito joven, condecorado. No sé lo que le dijo al comisario.....

Eli. Un joven!

José El comisario... era aquel gordo que le falta un ojo y del otro es vizco?... válgame Dios que feo es! pero muy buen sugeto, eso sí...

Eli. Con que el comisario?...

José. Toma, vió que no era yo el culpado y me dió suelta al instante.

Ger. Y no ha sido mas que eso?

José. Nada mas, abuelita. Ah! y que me han roto la blusa.

Ger. Te la han roto? pues ya van hoy dos.

José. Eh! esto no importa... no se nota, cae por delante.

Eli. Todos los males sean como ese.

Biz. Con que entonces ha sido el otro?...

José. Qué? qué dice usted?

Ger. Calle!... dar lugar á que le pongan preso!... un susto semejante no se lo perdonaré á usted.

José Si no ha sido nada.

Ger. Venga usted, señor Bizot: tengo muchas cosas que decirle; pero adentro.

Biz. Sí, es lo mejor.

José Pero abuela....

Ger. Déjeme usted.

José. (*Que va de puntillas detras de Bizot, de pronto imita á un perro que muerde, al mismo tiempo que le ataraza con los dedos en una pierna.*) Huaarr..

Biz. Ay!

Ger. (*Volviendo.*) Qué es èso? (*Le da unos manotones en el hombro sumamente flojos y de prisa.*) Que siempre has de estudiar con el enemigo! (*Se va con Bizot.*)

ESCENA XI.

JOSE Y ELISA.

José. El diantre del vejete!... á no ser por él no se hubiera sabido nada.

Eli. Por fin estamos solas: me dirás ahora qué significan aquellas miradas misteriosas que me has dirijido cuando referias...

José. Ah!... sí: el señor Amadeo.

Eli. Chist... Qué?

José. No he querido decirlo delante de la abuela, por que como tú me has encargado...

Eli. Bien y qué?

José. Que Amadeo es un espía de la policia.

Eli. Cómo?

José. Yo al menos lo creo asi.

Eli. No, no digas semejante cosa... él?

José Vaya, pues no te asusta poco una palabra!... por que él venga aqui... qué nos importa?

Eli. Pero en qué te fundas?... Quién te ha dicho?...

José. Cuando me llevaron á casa del comisario, ese que le falta un ojo y parte del otro... un caballero se deslizó poco á poco hácia él como si quisiera que yo no le viese...

Eli. Y era él?

José. Cabalito: vestido de negro y con una cinta en el ojal.

Eli. No puedo creerlo... Amadeo!...

José. Que no?

Eli. Tú estás loco... te equivocas...

José. Oh! En cuanto á que era él, estoy bien seguro; y has de saber que ya tenia yo sospechas de que fuese un embrollon, porque siempre me está prometiendo billetes para el teatro donde pinta, segun dice, y los tales billetes nunca llegan... vaya, el señor Amadeo, un pintor de brocha gorda, tener tilbury y una condecoracion... Bah! que se lo cuente á su tia... la misma traza tiene él de pintor que yo de arzobispo.

Eli. (*Aparte.*) Dios mio!

José. (*Sentándose en el sillon de su abuela.*) Es menester no decir nada á la abuela... Caramba!... si supiese que habia recibido en su casa un... ella que es tan delicada... era capaz de darla un sofoco...

Eli. Tienes razon... yo seré quien la hable de eso.

José. Bueno... si á tí te parece... lo que es á él yo le haré tomar el portante.

Eli. No, no... Aqui está... Déjanos.

ESCENA XII.

DICHOS Y AMADEO.

Ama. Por fin estoy libre, Elisa... Ah! José por aqui.

José. Sí señor, por aqui. (*Bajo á Elisa.*) Ves, ya no lleva la cinta.

Eli. (*Bajo á José.*) Vete.

Ama. Cómo no estás en la imprenta? te has despedido acaso?

José. No señor... al contrario, le doy á usted muchas gracias por el servicio que...

Ama. Eh? no sé lo que quieres decir.

José. Pues qué no estaba usted hace poco...

Ama. Ocupado con una decoracion...

José. (*Pasando á su lado.*) Decoracion ó condecoracion... Habla usted de una encarnada? por qué no nos la enseña usted?

Ama. (*Aparte.*) Me ha visto!

Eli. Vete, José: qué dirá tu patron? tanto tiempo....

José. Es verdad, voy... (*Bajo.*) Sabes qué digo? que

tiene trazas de farsante. (*Alto.*) Acá no cuela, señor Amadeo. (*Se va.*)

ESCENA XIII.

ELISA. AMADEO.

Ama. Elisa, qué inquietud es esa? esas miradas... Qué tiene usted?

Eli. No lo adivina usted? Ah, señor Amadeo, si me hubiera usted engañado seria una infamia.

Ama. Qué ideas, Elisa! es posible! dejemos eso...... por favor.

Eli. No; es preciso que usted se esplique... usted no es un pobre artista como dice...

Ama. Sí tal.

Eli. No es verdad... usted me ha engañado... usted quiere engañarme todavia... ese tilbury en que le ha visto á usted mi hermano anuncia una fortuna que trata usted de ocultarme.

Ama. José me ha visto? Dónde?

Eli. Y la cruz que llevaba usted hace poco? y el crédito de que se ha servido usted para ponerle en libertad?

Ama. (*Embarazado.*) Puesto que usted lo sabe ya no lo negaré. Su hermano de usted ha sido arrestado por una falta ligera... por nada... yo pasaba al mismo tiempo, y en cuanto he referido el hecho le han puesto en libertad sin reparo; ni aun he tenido que manifestar mi nombre.

Eli. Y ese nombre.—Confiesa que me has engañado.... dilo... yo te lo perdonaré... pero dímelo.

Ama. Pues bien, si ya no hay medio de ocultártelo... sábelo... sí, te he engañado...

Eli. Dios!

Ama. Porque te amaba y queria ser amado de tí; porque todo lo que hubiera podido seducir á otra, á Elisa la hubiera hecho huir de mi lado; he hecho el papel de un artista sin crédito y sin familia; he trocado mi habitacion por una bohardilla.

Eli. Cómo?... Pues quién es usted?

Amadeo. Tu amigo, tu amante... Yo te adoro... bien

lo sabes... solo á tí es á quien amo, y quisiera enjugar tus lágrimas á costa de mi existencia.

Eli. Pues bien, entonces vamos á buscar á mi abuela, dígala usted que me ama, ya sabe que yo le amo á usted, pídala usted mi mano. Cumpla sus promesas, todas las que me ha hecho... amarme eternamente, casarse conmigo... venga usted.

Ama. Elisa, cálmese usted y escúcheme.

Eli. Se niega usted á ello! solo queria usted seducirme, perderme...

Ama. Yo tampoco soy libre... tengo un padre cuya severidad...

Eli. Tiene usted familia? y me decia...

Ama. Perdon.

Eli. Ah, desgraciada! (*Cae sobre una silla y llora.*)

Ama. Sí, una familia que puede exigir para mi una suerte mas brillante... pero con el tiempo. (*Movimiento de Elisa.*) Nada temas, tu confianza debe consistir en mi amor, y jamas ha sido mas tierno que ahora; para qué necesitas nuevos juramentos, lazos mas sagrados que los que ya nos unen!... No puedes amarme tal como me conoces... como soy, en secreto, eternamente? Déjame asegurarte una suerte digna de tí... dividir contigo mi fortuna.....

Eli. (*Levantándose con violencia.*) Ah! señor.

Ama. Perdóname... no rechaces mis votos, eres mi esposa...

ESCENA XIV.

DICHOS, BIZOT, *despues* JOSE.

Bizot. (*Al paño.*) Sí, yo me encargo de ello... yo... (*Se detiene viendo á Amadeo.*)

Ama. (*Cambiando de tono.*) Entonces, cuando la señora Gertrudis tenga la bondad.

Eli. (*Bajo.*) Y he de ocultar hasta mis lágrimas!

Biz. Es él; tanto mejor, señor Amadeo, me alegro mucho de hallarle á usted.

Ama. Sí, venia á saber á qué hora volveré mañana para continuar el retrato de la señora Gertrudis.

Biz. Bien, pero me ha encargado ella misma que le hable á usted de otra cosa.

Ama. A mí? (*Aparte.*) Qué me querrán?

Eli. Entonces yo voy á...

Biz. No quédese usted: si el señor me permite que le acompañe hasta el baluarte.

Ama. Con mucho gusto. (*Aparte.*) El diablo te lleve...

Biz. (*Bajo á Elisa.*) Niña, niña, usted no sabe lo que se hace... desechar un partido tan brillante... el señor Durand.

Ama. (*A Bizot.*) Cuando usted guste...

Biz. Vamos allá. (*Echa á andar.*)

Ama. (*Aproximándose á Elisa.*) Pronto vuelvo. (*En el momento en que Bizot está próximo á la puerta se vuelve para ver si le sigue Amadeo, al mismo tiempo José abre bruscamente, derriba á Bizot de bruces y salta por encima de él.*

José (*Deprisa y gritando.*) Sabes que ya sé quien...

Biz. Ay! ay! ay! ay!

José. Si le tengo á usted dicho que le he de romper alguna cosa.

Biz. (*Levantándose.*) Ay! ay! ay! vámonos, señor Amadeo: á poco mas me estrella ese demonio. (*A Elisa.*) Dígale usted á su abuela que en saliendo de hoy, si quiere consejos que venga á mi casa. (*A Amadeo.*) Ande usted, vamos. (*Vanse.*)

ESCENA XV.

JOSE Y ELISA.

Eli. (*Aparte.*) Qué irá á decirle?

José. Pues, señor, ya sé quien es

Eli. Quién?

José. El señor Amadeo.

Eli. Ah! sabes...

José. Todo, su nombre, el de su padre, el número de su casa... Me he equivocado de medio á medio; es cosa muy distinta de lo que yo pensaba.

Eli. Y por quién lo has sabido?

José Toma... de algo ha de servir el ser pillastron... Llevaba yo las susodichas pruebas... y cuidado que las tales pruebas tienen desgracia; está de Dios que no lleguen á manos del autor!

Eli. Habla...

José. A la vuelta del baluarte, en la calle baja, veo un tilbury con un hermoso caballo; reparo en él y era el del otro dia... á mí me gustan mucho los caballos, y luego estaba á su lado el gordinfloncillo que te dije, con sus mofletes alemanes y su risita de pascua, al instante le conocí, parecia que estaba esperando á su amo; me propuse hacerle hablar, y en efecto principié la conversacion por el caballo, y al instante soltó el nombre de su dueño y todo lo que queria... He sabido que el Sr. Amadeo es muy rico, hijo de un antiguo general acribillado de heridas y condecoraciones, con mucha gloria y muchos dolores reumáticos; en fin, un par de Francia, querida.

Eli. Un par de Francia!

José Tiene una tia que le mima mucho.... una loca.... es muy gastador... metido hasta el cogote en toda clase de estropicios; el juego, las comilonas... de muchachas no hablemos... ahora por medio de una farsa está hilvanando un casamiento.

Eli. Que dices?

José. (*Riendo*.) Toma, lo que me ha dicho el gordillo el señor Amadeo está enamorado de una jovencita, á quien está engañando como ha hecho con otras, se disfraza y... (*Elisa está próxima á desmayarse.*) Calla! qué tienes! te pones mala?

Eli. Ah!... yo me ahogo... no veo... hermano mio!

José. Qué es eso?

Eli. (*Anegada en lágrimas.*) Deshonrada! perdida!

José. Qué dices?

Eli. (*Arrojándose á su cuello.*) Yo.... yo.... vámonos... llévame... que nadie lo sepa... que no vean... (*Recobrándose.*) José! Ah! Desgraciada, lo he dicho!

José. (*Pálido é inmovil.*) Tú, perdida!... hermana mia!... Ah! si... yo hubiera debido... pero cómo pensar?...

Eli. Me ha engañado... me habia prometido...

José. (*Tapándola la boca.*) Chis, calla, calla, que la abuela no lo sepa, se moriria de pesar.

Eli. No, yo seré la que...

José. Aquí está.

ESCENA XVI.

DICHOS, GERTRUDIS Y BIZOT.

Gertrudis sale de la izquierda y se dirije al foro.

Ger. Suba usted, señor Bizot, le estaba aguardando á usted en la ventana.

José. (*Esforzándose á aparentar alegria.*) Ah!... ah!.. el señor Bizot. (*Bajo á Elisa.*) Riete; haz por reir; no solloces de ese modo... no ves yo... como... nada. (*Llora.*)

Biz. Aqui me tiene usted.

Ger. Y qué?

Biz. Ya no volverá.

Eli. (*Vivamente.*) Quién?

José. (*Apretándola la mano.*) Calla...

Ger. Lo ves?... porque le han dicho que se esplicase.

Biz. Ya me lo pensaba yo.

José. Con que, abuela, usted dice?..

Ger. Lo que digo es que si usted hubiera de ser el que velase por el honor de la familia, como lo prometió usted á su padre cuando le mandó que cuidase de Elisa...

Biz. Valiente sugeto!

José. (*Enterneciéndose poco á poco.*) Es verdad, abuela, bien me acuerdo de mi padre cuando estaba espirando! Usted nos llevó á los dos á su lado, junto á su cama; él nos miraba llorando, y nosotros llorábamos tambien, y usted, abuela. Ahora me parece que le estoy viendo y que oigo sus últimas palabras: «José, quieres mucho á tu hermana, bien lo sé, y cuando seas un hombre la cuidarás, hijo mio, la defenderás... No te dejo mas herencia que el apellido de un militar y su honor que será el tuyo: cuida por Dios de que se conserven puros...» Nos abrazó, y murió bendiciéndonos.... Padre mio!... Yo no he hecho hasta ahora mas que.... Elisa, pobre hermana mia, tú no me perdonarás, y harás bien.

Eli. (*Apretándole la mano.*) A tí! Dios mio!

Ger. (*Enjugándose las lágrimas.*) Eh !.. vamos... bien... ahora nos vas á hacer llorar...

Biz. (*Lo mismo.*) Pues; hace lo que quiere de nosotros...

Ger. No te aflijas, vamos, ya se ha ido el señor Amadeo: tú le olvidarás: he tomado esta determinacion por el honor de la familia.

Eli. (*Aparte.*) Ah!

Ger. Como en casa no hay un hombre... José es un niño...

José. Yo, abuela? lo veremos.

Eli. Yo muero!

Ger. Hija mia!

Biz. Se pone mala.

José. Socórranla ustedes. Elisa, hermana.—Yo soy un niño y hace falta un hombre... Pues bien, yo lo seré. (*Sale por el foro de prisa. Elisa queda entre su abuela y Bizot.*)

ACTO SEGUNDO.

El teatro figura un salon de la casa del general Morin, con puerta en el foro y dos laterales: á la izquierda un camapé, á la derecha una mesa.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon entra por el foro el general y la baronesa.

LA BARONESA *y* EL GENERAL.

Gen. Yo le digo á usted que no.
Bar. Yo le digo á usted que sí.
Gen. Es usted una loca.
Bar. Y usted un terco.
Gen. (*Sentándose en el camapé.*) Porque digo la verdad.
Bar. (*Sentándose junto á la mesa.*) No, sino porque tiene usted un placer en contradecirme, le sirve á usted de diversion.
Gen. No tengo otra; esa y la gota son las únicas que me quedan.
Bar. Una de las dos está de mas.
Gen. Pues cargue usted con la gota, se la cedo con toda mi alma.
Bar. Gracias, señor cuñado; pero aunque usted diga lo que quiera, voy á escribir á mi médico para que venga á verle.
Gen. Acudir al médico para un costipado... vamos, si no tiene sentido comun.
Bar. Puede agravarse.
Gen. Déjeme usted en paz y escriba lo que quiera.... siempre está usted buscando desazones: en vida de mi hermano era lo mismo, jamás tuvo el pobre un momento de reposo.
Bar. Porque era tan amable como usted.

Gen. Me acuerdo de que cuando hecha la paz nos restituimos cada uno á su familia, en mi viudez echaba yo de menos la guerra y envidiaba á mi hermano, que mas afortunado que yo, la tenia continuamente en su casa.

Bar. Hii! Siempre tan amable!

Hil. (*Que entra.*) Mi general.

Gen. Qué ; vamos.

Hil. Quisiera saber si almorzaria usted en casa.

Gen. Mire usted!.. Puedo acaso salir? voy á al[illegible]a parte hace quince dias? No ves que me ha clavado aqui la gota sin dejarme mover ni aun de la habitacion?

Hil. Está usted de mal humor?

Gen. No ; que estaré bailando si te parece.

Hil. Y qué tomará usted?

Gen. Dale... chocolate; qué tomé ayer? qué tomo hace mes y medio?.. de todo me privo, y luego hablan de los progresos de la medicina! está adelantada! bello descubrimiento es la tal homeopatía!... desde que me he entregado á ella no puedo pegar los ojos... A propósito, qué diablos de ruido era el que sentí ayer al anochecer, justamente cuando estaba metiéndome en la cama?

Bar. Ah! sí, cómo me rompieron la cabeza! qué era?

Hil. Señora, maldito si sé que decir; no pudimos penetrar el motivo: un muchacho crecidillo, que tiene trazas de aprendiz de qué sé yo... llevaba una blusa... se empeñó en entrar aqui á todo trance: estaba al parecer muy agitado y decia que queria ver al señor general.

Gen. A mí?

Hil. Le digimos que estaba usted descansando; pero no hizo caso y se empeñó en pasar á viva fuerza. Es un diablillo, se agarró á brazo partido con el portero y le hizo romper dos cristales con la cabeza, y á no dar la casualidad de que pasaba una patrulla que le hizo echar á correr, no sé en lo que hubiera parado la fiesta.

Gen. (*Sonriéndose.*) Con que ha roto dos cristales.

Bar. Es preciso llamar al comisario de policia y averiguar...

Gen. No, es preciso llamar al vidriero.

ESCENA II.

DICHOS *y* AMADEO.

Ama. Buenos dias, padre, cómo ha pasado usted la noche?

Gen. Malditamente. Y tú, te has acostado?

Ama. Padre...

Bar. Amadeo, no hay un abrazo para mí?

Ama. Mi tia aqui... (*Aparte.*) Ya no puedo.... (*La abraza.*)

Bar. Estrañarás el verme levantada tan temprano, eh? como Octavio está asi, he querido enviar á buscar al médico... vendrás á mi habitacion luego, porque tengo que hablarte de un asunto... ya sabes...

Ama. Tia!..

Gen. Ya, del proyecto... no piensa usted mas que en eso, yo encuentro dificil ese enlace.

Bar. Por qué?

Gen. Esa familia tiene un orgullo mas antiguo que su nobleza, y yo soy poco sufrido para...

Bar. Usted no tiene que mezclarse en nada, yo respondo del asunto.

Gen. Sí, sí.

Bar. Amadeo, voy á mi gabinete á escribir al médico, y alli te aguardo.—Hum! no he visto hombre mas gruñon. (*Se va por la derecha.*)

ESCENA III.

AMADEO, EL GENERAL *sentado en el camapé.* HILARIO.

Gen. Anda con [illegible]uenta mil de á caballo.

Hil. Señorito, va usted á almorzar ahora?

Ama. No, á no ser que mi padre quiera que le acompañe.

Gen. No exijo semejante cosa. (*A Hilario. El chocolate.*)—No quiero fastidiarte. Tú preferirás el desayunarte con tus amigos para hablar de caballos, de mugeres... no tiene nada de estraño, es propio de tu edad y no me quejaria de ello, si no fuese porque no haces otra cosa.

Ama. Tambien tengo mis ocupaciones; aquellas que exige mi posicion y mi fortuna.

Gen. Sí, te ocupas en no hacer nada, crees que tu fortuna te dispensa de servir de algo. Ocupaciones! la ópera, los bailes, los paseos, á eso estan reducidas las tuyas. (*Amadeo se sienta junto á su padre.*) Tienes un importante destino, paseante! Mientras lo desempeñes como hasta aqui, no haya miedo que te ataque la gota.

Ama. Esa es la única cosa que no le envidio á usted, padre.

Gen. Haces muy bien, hijo, y no te deseo tampoco las demas. Hay momentos en que daria todo lo que he ganado por la cuarta parte del buen humor que he perdido. Lloro á Napoleon y le echo de menos todos los dias: si él no hubiera faltado hubiera acabado mi carrera en el campo de batalla, y no moriria en detalle sobre un camapé... pero dejemos esto porque sufro demasiado, me estan llevando todos los diablos y voy á echar por esta boca lo que no es creible... Qué quieres, nosotros las momias del imperio, como vosotros decís, vivimos con lo pasado, y con tristes recuerdos echamos de menos nuestras antiguas glorias, lo que no te sucederá á tí, no tengas cuidado.

Ama. Usted es demasiado severo, padre.

Gen. Eh! son chocheces, sino de mi edad, de mi envejecida gota.—Con que decididamente te casas?

Ama. Mi tia se empeña en ello.

Gen. Tu tia es una caprichosa insoportable; pero es menester respetarla, porque te quiere, eso sí, y esa boda es una prueba de ello... escelente partido! nobleza! títulos!

Ama. (*Observándole.*) Eso es lo que menos le llamará á usted la atencion quizás.

Gen. No tal; yo tengo tanto orgullo como otro cualquiera, mas tal vez que esos antiguos nobles, y quiero ligarme á una familia que merezca la pena.

Ama. Pero todavia soy jovèn, padrè; y ademas, una vez que llega la ocasion, le diré á usted que he reflexionado...

Gen. Tú reflexionar! pues es estraño.

Ama. No creo que seré feliz casándome.

Gen. Porque la menor obligacion le agobia á usted, porque mira usted el matrimonio como una ocupacion; pero ese enlace me agrada, entiende usted? y como pueda verificarse lo apoyaré.—Yo no me mezclo en ello, porque no quiero nada con esa rancia nobleza... eso os toca á vosotros, á tí y á tu tia.

Ama. Puesto que usted lo exige...

Gen. Lo que yo exijo es que te fijes de algun modo antes que yo falte: uniéndote á esa gran familia tal vez cambiarás de modo de vivir, tendrás otros conocimientos, otras relaciones—ya sé que ahora no todas son buenas.

Ama. Qué quiere usted decir?

Gen. Nada... serán bachillerias.—La otra noche en la tertulia del mariscal estaba fastidiándome el ecarté cuando oí pronunciar tu nombre cerca de mí. Creo que eran amigos íntimos tuyos, de la nobleza dorada. Amadeo, decia uno de ellos que acababa de perder los alimentos de un año en dos ó tres pases, Amadeo es un buen muchacho; pero de algun tiempo á esta parte nos abandona, no juega, no baila, da en hacerse el sentimental; sin duda alguna dama de alto copete le hará andar en un pie. Nada de eso, replicó otro, es una mozuela la que le trae tan absorvido.

Ama. Y quién fue el insolente?.. Supongo que usted no creeria...

Gen. Pch... me reí como ellos...—Aunque, la verdad, mas me gustaba cuando por las noches te oia tocar alguna sinfonia para dormirme, ó cuando me dibujabas aquellos cuadritos de batallas y asaltos... pero no está prohibido el tener veinte y tres años. (*Tomándole afectuosamente la mano.*) Tú eres un buen muchacho, juicioso, incapaz de pervertirte; (*Incomodado.*) porque... si tal creyera, infeliz de tí! (*Calmándose.*) Pero ya sé que no, y por esta parte estoy tranquilo.—Es preciso despedirse de una vez de todos esos amorcillos de lance; ademas, yo necesito una nuera, unos nietecillos para regañar un poco y tener quien me acaricie al lado, sobre mis

rodillas; porque ya no puedo correr tras los placeres, necesito que me rodeen.

Ama. (*Conmovido.*) Ah padre mio!

Gen. (*Conduciéndole hasta la puerta de la habitacion de la baronesa.*) Vamos, vamos, bien, ve á buscar á la baronesa: ella acabará de decirte. Terminad cuanto antes ese asunto; yo voy á tomar el chocolate. (*Se dirige á la otra puerta.*)

Hil. Quiere usted que se lo traiga? (*Se presenta en el foro.*)

Gen. Despáchate, lo espero.

ESCENA IV.

AMADEO, *solo.*

Sí, voy á ver á mi tia: no puedo permanecer mas en esta violenta posicion. Valor, no quiero reflexionar, cuando una gran pesadumbre ó un remordimiento atormenta el corazon, es preciso una resolucion decisiva. Pobre Elisa! (*A Hilario que saca el chocolate.*) Está en su cuarto la baronesa?

Hil. Si señor. (*Amadeo se va: Hilario se dirige á la habitacion del general, y se oye ruido fuera.*) Qué ruido es este?

ESCENA V.

HILARIO, *despues* DOS CRIADOS, *en seguida* JOSÉ, *y por último* EL GENERAL.

José con sobre todo y casquete elegantes.

Cria. 1.° Señor Hilario, es el alborotador de ayer.

Hil. (*Dejando el chocolate en la mesa.*) Echadle fuera.

Cria. 2.° (*Deteniendo á José.*) Le digo á usted que no entrará.

Cria. 1.° Pues no faltaba mas! (*Va á él.*)

José. (*Pugnando por entrar.*) Yo digo que entraré.... á un lado lacayones, lameplatos, fuera paletos.

Hil. Detenedle.

José. Detenerme á mí? Quitense ustedes de enmedio. (*Entra.*)

Hil. (*Yendo á él.*) A ver! Salga usted al instante.

José. Ah, pobre viejo! poco sugeto eres tú para hacerme salir. (*Hilario quiere agarrarle y él le echa la zancadilla, y le deja caer sentado.*) Hola!.. Toma... lacayo, has descendido, ó por mejor decir te has acomodado.

Los dos criados. (*Riendo á c das.*) Ah! ah! ah!

Hil. (*Sentado y estupefacto.*) Bueno! bueno!

Cria. 1.º (*Queriendo coger á José.*) Y se ha de salir con la suya este tunantuelo.

José. Alto ahí, ó tomas asiento tambien.

Gen. (*Apareciendo en la puerta.*) Qué infierno es este? qué hay aqui?

Hil. (*Levantándose.*) Mi general, el atrevido de ayer.

José. (*Se quita vivamente la gorra.*) Señor general!.. yo...

Gen. Calla! con que eres tú el que me alborotó ayer la casa, y vuelves á hacer lo mismo hoy?

José. (*Balbuciente.*) Perdone usted, señor general... porque... cuando se va á pedir justicia... no debe uno dejar que le den con la puerta en los hocicos.

Hil. Se le ha dicho...

Gen. (*A los criados.*) Silen . (*A José.*) Justicia; de qué? á quién?

José. Es al señor Amadeo Morin á quien yo...

Hil. Pero eso no es lo qu ..

(*Con el mismo tono l general.*) Silencio, el general lo ha mandado. (*Al general.*) Es á su hijo de usted.

Gen. Y mi hijo que... (

Hil. El chocolate...

Gen. Bien... lo voy á tomar.

José. (*Aparte.*) No sé lo que me sucede! Yo no esperaba....

ESCENA VI.

EL GENERAL *y* JOSÉ.

Gen. (*Observando á José.*) Vamos, qué es lo que quieres á mi hijo? habla.

José. (*Manoseando la gorra.*) No es á usted á quien yo buscaba, era al señor Amadeo.

Gen. Qué diablos! yo soy su padre!

José. No digo lo contrario, mi general; pero... lo siento mucho.

Gen. Qué es lo que quieres decir? esplícate.

José. Ya, sí... pero mi general... no sé cómo.... Dios mio! Yo creí que podria... y no me atrevo... Quisiera ver á Amadeo; al señor Amadeo.

Gen. Ya me incomodas.—Vamos, tranquilízate.

José. Usted es muy amable, eso sí.

Gen. Eh? acércate.

José. (*Aparte.*) Parece un buen hombre.

Gen. Si ı hablas, vete.

José. Bueno, pues voy á contarle á usted, á decirle lo que...

Gen. En hora buena, acércate y despacha. (*Se sienta y toma el chocolate.*)

José. Verá usted lo que es, mi general. Yo vivo en... mi casa, con mi abuela que es una buena muger y mi hermana que tambien.... somos honrados.... en cuanto á mí soy.... era ayer un muchacho; pero hoy...

Gen. Sí, ayer me rompistes los cristales, y hoy vienes rompiéndome la cabeza con majaderias.

Jose. En cuanto á los cristales es cosa del vidriero.

Gen. Pero vamos á ver, qué es lo que tienes que hacer con mi hijo? te debe algun dinero?

José. Ah! si no fuera mas que eso! su hijo de usted... qué picardia! venirse á vivir al lado de casa como un pobre artista sin trabajo... con un vestido raido... un aire de hombre de bien... (*El general deja el chocolate.*) Y luego entre vecinos... ya se ve, uno saluda, habla al encontrarse en la escalera; buenos dias... buenas noches, y asi poco á poco se hace conocimiento... Vivia en el cuarto de al lado y dijo que retrataria á la abuela... pobrecilla! cómo habia de pensar!.. ni yo... al contrario, le queria como si fuera un hermano... me tuteaba, y yo á él algunas veces. (*El general se vuelve y le escucha con el mayor interés.*) Ya se ve, mi hermana que es tan buena... tan inocente... Ah! su hijo de us-

ted... su hijo de usted es un falso amigo... es un.... no puedo mas. (*El llanto le ahoga.*)

Gen. (*Levantándose.*) Vamos, siéntate y continua, no tengas cuidado, hijo mio. (*Para sí.*) Es muy sentido este muchacho.

José. Es que me estoy ahogando y me moriré, y mi abuela tambien. Ah!.. general...

Gen. Continua, hijo mio! Tiemblo de adivinar...

José. (*Con energia.*) Su hijo de usted es un traidor, un vil! (*Movimiento del general.*) Sí señor, un vil, que nos ha engañado á todos. Ayer, cuando por tener ya algunas sospechas, le dijeron «Habla, pide mi mano, sosten la palabra que me has dado;» respondió: «no puedo,» se fué y mi pobre hermana se arrojó en mis brazos llorando y diciéndome «estoy deshonrada, perdida!» Qué tal, general?

Gen. (*Mirándole y cruzándose de brazos.*) Sí, ya me esperaba yo eso.... deshonrada! perdida!... Y qué quieres que yo haga?

José. Pero qué, no me ha entendido usted? Está deshonrada!..

Gen. (*Paseándose.*) Muy bien! Ese es el fruto de la ociosidad, de la pereza! seducir á una pobre muchacha, entregarse al libertinage por pasatiempo... Oh! que se me ponga delante, que yo le diré.— Inmediatamente saldrá de Paris, yo le trataré como merece!

José. Y qué será de mi hermana?

Gen. Tu hermana, tu hermana... Ya veo que es desgraciada, hijo mio; y conozco lo que tú debes sentirlo; pero... al cabo... por qué se ha dejado seducir?

José. Por qué? Ah! me habia usted parecido hombre de bien y le queria, pero ya no le quiero á usted. Por qué se ha dejado seducir? porque su hijo de usted ha mentido como un infame, porque no ha dicho soy Amadeo Morin, hijo de un general, de un par de Francia, de un conde y.... que sé yo que mas; porque no ha dicho soy noble, rico, poderoso... entonces ella hubiera visto la distancia y no se habria fiado de él; pero un artesano, un artista que dice que se ha enamorado y que quiere casarse,

que parece un infeliz... no digo mi hermana, todos le queriamos, y si ella ha cometido una falta, un angel la hubiera cometido tambien. Impostor! ocultar su nombre, su clase, y hasta la cruz de honor que llevaba en el pecho... oh! ha hecho bien, porque debajo de ella no tiene un corazon honrado.

Gen. (*Vivamente.*) Miserable!—Pero tiene razon; disfrazarse para cometer una traicion, una vileza!

José. Y su padre, un valiente general del emperador, pregunta qué ha de hacer?

Gen. Pues no? Si quieres decírmelo me harás un gran favor.

José. No hay duda que es muy dificil!

Gen. Yo quisiera verte en mi lugar.

José. Tambien yo quisiera estarlo.

Gen. Y qué es lo que harias?

José. Si usted no lo adivina es inutil que yo... Pero sí señor, lo diré: si yo fuese el general Morin llamaria á mi hijo y le diria: señor conde, usted es un miserable, un bribon que ha engañado á unas gentes honradas, á una pobre joven fingiendo ser artesano! pues bien, caballero, desde hoy trabajará usted para vivir,

Gen. Y qué?

José. Y se casará usted con la pobre muchacha á quien ha seducido tan bajamente.

Gen. (*Sonriendo.*) Pues no llevas tú poco al estremo la...

José. Yo no le pido á usted sus riquezas, para nada las necesitamos; poco me importa que á mi hermana no la llamen condesa ni muger de un gran señor; lo que quiero es que la llamen muger honrada.

Gen. Bien, bien; pero eso de casarse... (*Aparte.*) Lo que me gusta en este atreviduelo es que deja ver un alma desinteresada...

José. Y por qué no se ha de casar?

Gen. (*Con bondad.*) Oh! hijo mio, no pueden estar á tu alcance las razones que lo hacen imposible.

José. Imposible?.. entonces dónde está su hijo de usted, porque es á él á quien yo buscaba... Imposible!.. Usted no es hombre de bien.

Gen. Eh! vete á paseo! quieres apurarme la pacien-

cia? No hay medio de entenderse con este trastuelo. (*Se sienta.*)

José. (*Con furor progresivo.*) Imposible? veremos si él me lo dice... entonces... tendrá que matarme ó yo le mataré á él... no sé cómo; pero no importa, hay espadas, pistolas.... no sé manejarlas; pero entre hombres debe de haber medios para matarse.... sí, los hay, no es cierto, señor general, que los hay? diga usted, no es cierto?

Gen. Vamos, tú estás loco... mire usted á quién se lo pregunta!

ESCENA VII.

DICHOS *y la* BARONESA.

Bar. Aqui esperaré á Amadeo.

José. Amadeo! (*Se lanza hácia la puerta, el general le detiene.*)

Gen. Eh!.. quieto.

Bar. Qué es eso? qué tiene ese jóven? Vamos y ahora? Decia usted que no seria nada; la niñera me lo ha confesado todo: sabe usted lo que le pasó ayer á Octavio? que jugando á la orilla del canal se cayó al agua.

José. Eh?

Bar. Y si no hubiera sido por no sé qué muchacho... un aprendiz de impresor, segun me han dicho, que estaba alli... (*Movimiento de José.*)

Gen. Con eso aprenderá usted á no fiar su hijo á cualquier mozuela... Pero ha llegado usted muy á propósito, una vez que quiere usted tanto á su sobrino, para oir sus elogios.

José. (*Aparte.*) Ah; es la tia.

Bar. Mejor, justamente tengo que darle á usted una buena noticia para él.

Gen. No quiero oirla; sabe usted lo que ha hecho su discípulo, su educando; porque usted es la que le ha educado, señora baronesa, la que le ha mimado, y á usted es á quien yo debiera pedir cuenta de sus escesos... sepa usted que usando de disfraces y supercherias, ha engañado bajamente á una pobre muchacha, pregúntele usted á ese joven.

Bar. Amadeo? de veras?.. una seduccion! Ah, algun amorcillo... y me lo ocultaba el picaruelo! ah! ah! ah... (*Riendo con frivolidad.*)

José. De qué se rie?

Gen. Hágame usted el favor de callar; no repara usted que la oye ese muchacho?

Bar. Pero qué es lo que quiere?

Gen. Pide una reparacion: nada menos que un casamiento.

Bar. Un casamiento! Amadeo! su hijo de usted con... vamos que tambien yo soy bien simple en atender á semejante vaciedad. (*Rie.*) ah! ah! ah! un casamiento!

Gen. (*Apretándola la mano.*) Calle usted le digo... ese es el hermano de la...

José. Es de mí de quien usted se rie, señora? es de mi hermana de quien usted se burla?

Bar. Pero qué es lo que tiene este chico?

José. Ha de saber usted que á mí me importan muy poco esos humos de grandeza.

Bar. Insolente!

José. Cómo insolente!

Gen. Vaya, vaya. (*A la baronesa.*) No haga usted caso.

Bar. Cómo no le planta usted en la calle?

José. No estoy en su casa de usted sino en la del general, que es un hombre de bien; mientras que usted y su sobrino, y su sobrino y usted...

Gen. Calla, tú tambien. Hola!

Bar. (*Esforzándose á sonreir.*) Y usted escucha eso y lo tolera?

José. Le parece á usted cosa de juego, no es verdad, señora? Ya se ve, un joven elegante, hijo de una gran casa debe divertirse, ese es su oficio, y el honor de una familia, debe servir para sus placeres... eso es muy divertido, no es verdad? (*Riendo y llorando.*) Vaya, por supuesto, muy divertido... porque como no ponen en presidio á los que hacen tales picardias, á los que matan de pesar á una madre anciana, á los que asesinan á una familia entera... ya se vé, se rien de ello y dicen «qué me importa? he salidó bien, allá se las compongan.» Y

no se les castiga, sino que al contrario, se les dan empleos y honores, y... Ah! tiene usted razon para reirse, señora, es cosa muy divertida!

Gen. El diantre del muchacho me ha enternecido.

Bar. Enhorabuena... pero no por eso hay razon para que penetre hasta aqui y tenga la osadia de insultarme. Pues que porque su hermana... una menestral!.. tiene usted acaso la culpa? la tengo yo? nosotros nada tenemos que ver con eso.

José. La quisiera ver á usted ahora, si yo hubiera dicho lo mismo ayer en lugar de arrojarme al canal.

Bar. Qué dice?

Gen. Al canal?

José. Sí señora, yo fui... hubiera querido callarlo, pero usted me obliga á echárselo en cara, señora baronesa. No reiria usted asi, no estaria usted tan alegre si yo hubiese dicho ayer cuando cayó su hijo de usted al agua «qué me importa? yo nada tengo que ver con eso, es un baron el que se ahoga!»

Bar. (*Yendo hácia él.*) Es posible! con que fuiste tú!.. es usted el que!..

Gen. Me alegro, eso la enseñará á usted...

Bar. Ha salvado á mi hijo... amigo mio, si yo hubiera sabido... es usted un buen muchacho y mi reconocimiento... no le olvidaré á usted, ni á su hermana tampoco: haremos todo cuanto esté de nuestra parte... procuraremos repararlo todo... no es verdad, general?

Gen. Ciertamente. Vamos, anda, anda con Dios, y cuenta con nosotros, entiendes?

José. Pero debe ser al instante, señor general.

Bar. (*Yendo hácia él y poniéndole un bolsillo en la mano.*) Toma, hijo mio, toma para tí y para tu hermana: esto es por el pronto, y si en lo sucesivo se conduce ella bien, si no vuelve á ver á mi sobrino doblaremos, triplicaremos esa cantidad.

José. Cómo, señora baronesa, dinero para mí y para mi hermana! oro!.. gracias. (*Lo arroja.*) Este es el caso que yo hago de su dinero de usted, lo desprecio tanto como á...

Gen. Dinero! (*Con la mano en el corazon, á la baronesa.*) Usted no tiene nada aqui.

Bar. Hola! pues me parece...

Gen. (*Pasando al lado de José.*) Tienes razon, se ha equivocado; necesitais algo mas que dinero. La baronesa irá á ver á tu hermana, entiendes?

José. Ah! señora...

Bar. Sí, sí, iré á verla.

José. (*Al general.*) Si usted mismo pudiese ir...

Gen. Mucho me alegraria; pero, hijo, no puedo salir de casa, me es imposible subir y bajar escaleras, tengo una pierna que se niega enteramente al servicio.

José. Con que si pudiese usted salir...

Gen. Iria contigo y veria á tu hermana, y si fuese buena muchacha, si valiese tanto como tú...

José. Mil veces mas!.. qué haria usted?

Gen. Veriamos... tal vez se encontraria algun medio de reparar.... (*Aparte.*) No siendo el del matrimonio...

Bar. (*Bajo al general.*) No, no; yo misma iré y me informaré. (*Mientras hablan, José parece sentirse inspirado de una idea repentina, se da con la mano en la frente, sonrie y se va corriendo.*)

ESCENA VIII.

EL GENERAL *y* LA BARONESA.

Bar. (*Volviéndose.*) Con que... se ha ido! Ese muchacho es loco...

Gen. Qué diablos! y se va sin dejar su nombre ni las señas de su casa.

Bar. Cuidado si son soberbias estas pobres gentes! Qué modo de rehusar los beneficios, el oro!

Gen. Ha hecho muy bien... Usted cree que todo debe terminarse cuando se dice ahi tiene usted dinero? No es el oro, señora, lo que todo lo paga, sino el modo de darlo; y el que tiene un alma como la de ese muchacho... á mí me ha trastornado, lo confieso. No veia usted aquella entereza, aquel desinteres?..

Bar. Yo no he visto mas que un chico mal educado, entiende usted?

Gen. Que le ha dado á usted una buena leccion, sin embargo.

Bar. Eso es, tome usted ahora su defensa; no faltaba mas sino que casase usted á Amadeo con su hermana en un acceso de popularidad.

Gen. Demasiado sabe usted que yo no lo haré, porque no pienso castigarme por las faltas de su sobrino de usted.

Bar. Pues es estraño.

Gen. Cree usted que soy tan estravagante como usted? pues está usted muy equivocada. Pero ha de saber usted que ese muchacho vale cien veces mas que mi hijo.

Bar. Déjeme usted en paz.

Gen. Cien veces, lo repito.

Bar. Yo lo creo porque como para usted el pueblo es...

Gen. Eh! El pueblo! el pueblo! Quién soy yo? de dónde he salido? de dónde salió su marido de usted?

Bar. General!!!

Gen. Sí señora, su marido de usted, mi hermano y yo de dónde hemos salido? qué éramos?.. lo que ese muchacho, dos chicos del pueblo; no precisamente impresores, sino hijos de un carretero; pero lo mismo que él, teniamos espíritu y capacidad para distinguirnos de la multitud, y sin embargo hubiéramos estado siempre confundidos en ella, á no aparecer un Napoleon que nos arrastrase en su turbillon. La suerte era la que decidia entonces; uno moria, otro llegaba á ser duque, otro mariscal, y asi es como su marido de usted llegó á ser baron, y yo conde del imperio... vea usted en lo que consiste nuestra nobleza; nobles modernos, que no por ese dejamos de ser algunas veces orgullosos como los antiguos de quienes nos burlamos; no por eso dejamos de olvidar como ellos que hemos salido del pueblo: y yo el primero, pór desgracia, cuando me veo con el gran cordon, las condecoraciones y el vestido lleno de bordados, sentado en la cámara de los pares al lado de algunos antiguos apellidos, y oigo lisonjear mi vanidad con el título de conde, temo parecer tan ridículo como usted

cuando se pavonea en los salones de alguna familia ilustre, ó en el relumbrante círculo de la corte: usted? la hija de Anton Bacberot, un mercader de lanas de Arpajon, un pobre hombre, que lo que menos se le ocurria al ponerla á usted en el mundo seria el criar una hija para que fuese baronesa, ni noble, ni orgullosa.

Bar. General! acuérdese usted de que mi marido...

Gen. Su marido de usted era del pueblo, era un soldado.

Bar. Qué blasfemia! mi marido soldado!

Gen. Sí, señora, fue soldado raso lo mismo que yo— y en eso consiste nuestra mayor gloria. Qué corazon no late de noble orgullo cuando hallándose en un lugar tan elevado, se acuerda de que ha subido á él desde tan bajo?

Bar. Vamos... yo...

Gen. Y mi hijo por haberse olvidado de esto...

Bar. Su hijo de usted es un noble y no debe...

Gen. Es un miserable! y si ahora le tuviera á tiro... (*Vibrando el baston.*)

ESCENA IX.

DICHOS *y* AMADEO, *despues* HILARIO.

Ama. (*Entrando de prisa.*) Tia, me llamaba usted?

Gen. Aqui está.

Bar. (*Adelantándose al general.*) Amadeo, vete.

Ama. Por qué?

Gen. Estése usted quieto. (*Tira el baston.*) Acérquese usted.

Bar. (*A media voz á Amadeo.*) Por Dios, no le irrites. (*Pasa á la izquierda del general.*)

Ama. Pero qué es esto? por qué está usted tan desazonado, padre?

Gen. Caballero, usted se ha deshonrado.

Ama. Padre!..

Gen. Usted ha mentido su nombre para introducirse en la casa de una familia pobre, pero honrada, segun tengo entendido.

Ama. Pues qué usted sabe?.. yo...

Gen. Cuidado con rodeos ni supercherias, responda usted terminantemente.

Ama. Es verdad.

Gen. Ha sembrado usted en ella el oprobio engañando á una joven soltera.

Bar. Locuras de muchachos...

Gen. Yo no hablo con usted. (*A su hijo.*) Una joven á quien usted ha engañado para perderla.

Ama. Qué podré decir, padre mio? yo la queria y mi corazon me ha estraviado á mi pesar: esta falsa quisiera espiarla con mi sangre...

Bar. (*Haciéndole señas.*) Bien, bien.

Gen. Esa falta es un crimen, entiende usted? Yo sé todo lo que se permite á la edad, todo lo que la pasion disculpa; pero cuando se comete una traicion, una bajeza...

Ama. Soy culpable, no lo niego; pero el cielo es testigo de que mil veces avergonzado, desesperado, he querido arrojarme á sus pies de usted, confesarle nuestro amor y pedirle su consentimiento! pero el temor de provocar su cólera, me ha detenido.

Gen. Y ha hecho usted muy bien. El nombre que usted lleva le impone deberes...

Bar. Seguramente, tú no puedes...

Gen. (*Bruscamente á ella.*) Yo no hablo con usted. (*A él.*) Deberes que usted debia haber tenido presentes antes de ahora: el honor de esa muchacha, de su hermano, de su pobre abuela, de quien sin duda será el apoyo, le parece á usted... pero qué es eso para un pisaverde, para un mequetrefe sin ocupacion? era preciso matar el tiempo que usted perdia, y sin duda al salir de alguna orgia tuvo usted esta feliz ocurrencia.

Ama. Me parece que mi conducta...

Gen. Su conducta de usted es la de un impostor, de un infame.

Ama. Padre!!!

Bar. Conde, reflexione usted...

Gen. (*A la baronesa.*) He dicho que no hablo con usted. (*A Amadeo.*) Sí señor, de un infame.—Bajo qué aspecto se ha presentado usted en su casa? Ha dicho usted á esas pobres gentes; «soy un joven ele-

gante, heredero de una gran familia, paso mi vida en el ocio ó tal vez peor, porque mi padre se hizo acribillar de heridas para dejarme un rango distinguido y una fortuna? Ya se ve, entonces le hubieran cerrado á usted la puerta, y para evitarlo ha recurrido usted á una mentira! se ha presentado usted como un artesano pobre como ella y prometiéndola su mano.

Ama. Ah, perdon, padre mio! perdon!

Gen. Para abandonarla en seguida...

Bar. Con que él ha ocultado su nombre...

Gen. Sí, señora, su nombre, su rango y hasta esa cinta que usted le ha alcanzado para ponerle de moda, y que le han concedido sin duda por consideraciones á mí, por adularme tal vez. (*A Amadeo.*) Porque cuáles son los títulos que usted tiene para llevarla? cuáles sus méritos? qué ha hecho usted para adquirirla? nada, como otros muchos. Cree usted que con haber obtenido esa cruz está todo terminado? no señor, el corazon que late debajo de ella tiene deberes que respetar, y aquel que la deshonra es indigno de llevarla. (*Se la arranca.*)

Ama. (*Desesperado.*) Señor!!..

Bar. Dios mio! qué hace usted?

Gen. (*Con nobleza á su hijo.*) Qué quiere usted, caballero?

Ama. Ah! señor, usted es mi padre, debo respetarle y humillarme ante su autoridad, pero yo sabré lo que he de hacer. (*Se va precipitadamente.*)

Bar. Usted es un caballo desbocado.

Gen. Ya he dicho que no hablo con usted, señora; con que déjeme usted en paz.

Bar. Pero perdonará usted á su hijo?

Gen. Nunca, si usted se mezcla en este asunto.

Bar. Yo me encargo de esa muchacha... Ahora voy á saber qué es de Amadeo, yo no le abandonaré. (*Se va.*)

Gen. Vaya usted con una legion de demonios, (*Atravesando el teatro.*) y él y todas las chiquillas crédulas de Paris. Al cabo harán que se me irrite la gota, y me matarán tambien. (*Se sienta en el canapé: Hilario aparece en el foro.*) Qué es eso?

Hil. Perdone usted, señor, venia... no almuerza usted?

Gen. No, llévate eso y déjame en paz; no quiero ver á nadie, á nadie, lo entiendes? (*Hilario se va por la habitacion del general.*)

ESCENA X.

EL GENERAL, JOSÉ, *y luego* ELISA.

José. (*Abriendo la puerta del foro.*) Señor general...

Gen. (*Se vuelve.*) Otra vez! Qué es lo que quieres ahora tú?

José. No soy yo, señor general, es mi hermana.

Gen. Tu hermana!

José. Chiiit. (*Entra.*) Usted queria conocerla, yo tambien lo deseo, y como la gota le impedirá á usted salir sabe Dios cuanto tiempo, he calculado que lo mejor era que ella viniese aqui... asi... en caliente... y como queremos que la abuela no lo sepa...

Gen. Tu hermana, tu hermana!...

José. Voy á decirla que entre. (*Se va y vuelve.*) Ah!... Ella no sabe que está en su casa de usted, porque no hubiera querido venir: la he dicho que la iban á dar trabajo, música para copiar.

Gen. Ya, vive de eso?

José. Y de eso es de lo que la ha de hablar usted: cuidado que se le escape á usted alguna palabra que la dé á entender que usted sabe...

Gen. Bien, bien, hijo mio; no tengas cuidado. (*José va al foro.*) Hubiera sentido no ver otra vez á este muchacho.

José. (*En el foro con su hermana.*) Entra, Elisita... te has limpiado los zapatos?... No tengas miedo, saluda al señor general. (*Bajo.*) Es un general, un anciano.

Gen. Acérquese usted, señorita, acérquese usted. (*Aparte.*) Una niña?

Eli. Caballero... (*A José.*) Pero tú me habias dicho que era una señora.

José. Bien... una señora ó un general, que mas da?

Gen. Yo soy quien ha querido verla á usted y hablarla; tome usted asiento.

Eli. Caballero...

Gen. Vamos siéntese usted.

José. Siéntate y no estés temblando. (*Bajo.*) Parece algo brusco; pero es un buen hombre... algo... ya puedes figurarte, un militarote viejo... habrás visto muchos asi. (*Elisa se sienta junto al general.*)

Gen. (*Bruscamente*) Con que es usted, señorita, la que... (*Elisa se levanta.*)

José. (*Bajo al general.*) Eh... No la hable usted asi; la va usted á asustar! No ve usted que no está acostumbrada á ese tono brusco... y luego como tiene usted ese aire y esa facha abultada y esa voz tan recia... cualquiera que no le conozca á usted... yo ya le conozco y es diferente.

Gen. (*Con dulzura.*) Calla, calla. (*A Elisa.*) Vamos, hija mia, siéntese usted, yo se lo suplico, hágame usted este obsequio. (*Mira á José y este le hace señas de asi, asi.*)

Joné. (*Detras de la silla de Elisa.*) Ves, tonta? si es muy guapo.

Gen. Señorita, tranquilícese usted, tengo motivos para estar muy quejoso; pero no de usted, al contrario la considero...

Eli. Mi hermano me ha dicho que viniera aquí para...

José. Callate; déjale al señor que hable.

Gen. Usted no me conoce, yo soy el general Morin, padre de Amadeo.

Eli. Ah! caballero... Dios mio! (*Queriendo marcharse.*)

José. Qué sagacidad tiene!

Gen. (*Deteniéndola.*) No se vaya usted, niña, yo no la acuso ni me incomodo, bien lo ve usted.

Eli. Ah José, me has engañado!

José. Ha sido por tu bien, hija; no es verdad, mi general? Vamos, no llores de ese modo; me vas á hacer llorar á mi tambien.

Gen. Mira, aléjate de aqui: déjanos á los dos.

Eli. Hermano mio!

José. No, no tengas cuidado, estoy alli. (*Se dirige al foro y se sienta en el brazo de un sillon.*)

Gen. Pues sí, yo soy su padre. El la ha engañado á usted, no es asi?

Eli. Ah! si viera usted qué perfidia! yo le amaba tanto, le creia de tan buena fe!

Gen. Y su madre de usted?

Eli. Hasta ayer nada habia sospechado mi abuela... y si llega el caso de que tenga que saber la verdad... Oh Dios mio! porque usted no sabe hasta qué punto soy desgraciada! (*José saca el pañuelo y se enjuga las lágrimas.*)

Gen. Vamos, vamos, hija, valor. (*Aparte enjugándose los ojos.*) Veamos. (*Alto y observándola.*) Con que usted ignoraba absolutamente que él fuese noble y rico... y

Eli. Si señor, solo le conocia por un pintor de decoraciones que vivia de un jornal.

José. (*Acercándose con viveza.*) Y por eso me ofrecia billetes para ir á ver la comedia y nunca...

Gen. Ya te he dicho...

José. Por supuesto, mi general. (*Vuelve á su puesto diciendo á Elisa.*) Luego, luego le diré...

Eli. Venia todas las noches bastante tarde... despues de su trabajo, segun decia... mi abuela estaba ya acostada y yo sola copiando; él mismo me traia tambien música á copiar para él... para sus amigos, ó qué sé yo...

Gen. Y se la pagaba á usted por supuesto con generosidad.

Eli. Siempre quiso pagármela, pero yo nunca tomé nada. (*El general se aproxima á ella.*) Oh Dios mio! ahora veo lo bien que he hecho!

Gen. Decia que se casaria con usted?

Eli. Si señor; pero siempre lo estaba dilatando; yo le reconvenia... me daba mil razones y yo siempro le creia. «Mi padre es muy severo,» me decia.

Gen. Decia eso?

Eli. No querrá que me case hasta que este establecido; pero pronto lo estaré y entonces serás mi muger.=Luego empezó á ponerse tan triste... no trabajaba ni hacia nada con concierto... decia que deseaba la muerte... y yo, pobre de mí, le amaba tanto y tenia tanta confianza en él... (*Dejándose caer de rodillas.*) Ah, perdon, señor general, perdone usted á una infel.z!

José. (*Acercándose.*) Hermana mia!

Eli. Ya no le amo: quiero huir de él y no verle ja-

mas. Hasta ayer no he sabido mi desgracia, y al ver que me ha engañado, que mi pobre abuela morirá de pesadumbre, le detesto tanto como le he querido y quisiera morirme.

Gen. (*Conmovido é irritado.*) Tranquilícese usted... le he arrojado de mi presencia, desde hoy no es nada para mí.

Eli. (*Levantándose.*) Cielos! arrojado de su casa por su mismo padre y por causa mia! Ah, señor, yo quiero ser la única á quien se compadezca: no abandone usted á su hijo, se lo pido á usted de rodillas, seria muy desgraciado, es su hijo de usted, su sangre, por compasion perdónele usted, caballero, perdónele usted. (*José viene y se coloca á la derecha del general.*)

Gen. (*Conmovido y aparte.*) Y decia que no le amaba!

José. (*Enjugándose las lágrimas.*) El general ha hecho muy bien.

Eli. (*Con mas calor.*) Un padre no ver mas á su hijo! Es acaso posible? Pero no, usted padeceria demasiado y tendria usted una vejez muy triste.

Gen. (*Reprimiendo su emocion.*) Sí, muy triste! Estaré siempre solo... solo!... pero usted (*Despues de reflexionar.*) sabe leer?

Eli. (*Admirada.*) Sí, señor.

José. (*Aparte.*) Vaya una pregunte tonta! (*Alto.*) Pues podia no saber habiendo sido educada en san Dionisio en la legion de honor.

Gen. Ah, su padre de usted era militar?

Eli. Si señor.

Gen. Su nombre?

José. Meunier.

Gen. Meunier! yo conozco ese apellido... si, un sargento.

José. Que ascendió á teniente en Eylau.

Gen. Le conocí en Wagran, era un buen sugeto y valiente, yo mismo le condecoré.

José. En Wagran! sí, alli creo que fue, segun dice la abuela...

Gen: (*Con ansiedad.*) Dónde está?

Eli. Murió.

Gen. Ha muerto! otro camarada menos!

José. Ha muerto siendo capitan de inválidos.
Gen. Ah!
José. (*Con alma.*) Si viviese no nos veriamos asi, no se nos insultaria...
Eli. Padre mio!
Gen. Vaya, y quién os insulta? qué es lo que estais ahi diciendo?

ESCENA XI.

DICHOS *y* LA BARONESA.

Bar. Vengo buscándole á usted, general.
José. (*Aparte á Elisa.*) Esta es la mala.
Bar. (*Reparando ligeramente en Elisa y dirigiendo la palabra á José.*) Todavía está usted aqui, niño? Tengo que darle una buena noticia y á usted tambien, conde. Esa muchacha... Ya sabe usted la que digo, yo no puedo admitirla en casa porque ya conoce usted que aqui...
Geo. Y qué quiere usted decir?
Bar. Que la voy á colocar en casa de mi hermana.
Gen. Ya, de camarera tal vez!
José. Cómo?
Eli. A mí?
Bar. (*Mirándola.*) Ah, eres tú?... bien, muy bien, me gusta. Ya verás que bien te va... tèndrás dos mil reales al año de salario, sin lo que yo añada.
José. Camarera!
Eli. Jamas.
José. Gracias, señora; pero ha de saber usted que mi hermana sabe trabajar para vivir, tiene su oficio y no ha nacido para ser criada de nadie: nosotros no comemos el pan de la servidumbre; para eso se necesita un genio á propósito, y si á usted le parece escelente, á nosotros nos parece muy mal.
Bar. Qué orgullo! Yo no entiendo esto: despreciar el dinero, despreciar una colocacion tan ventajosa!
José. Qué quiere usted: cada uno tiene sus aprensiones.
Bar. Pues es usted un necio.

Eli. Señora!...

Bar. Qué es lo que piensa usted llegar á ser?

Gen. Eso no le toca á usted inspeccionarlo, y para reparar sus majaderias de usted yo le ofrezco una plaza, que no rehusará, á mi lado, en mi casa, no la abandonaré jamas, son huérfanos de un valiente militar, y yo me encargo de su suerte, si quieren consentir en ello.

Eli. Ah, señor general?

José. Y de mi abuela tambien, no es verdad?

Bar. Pero en casa, cuando se va á celebrar el matrimonio de mi sobrino!

Gen. Váyase usted con su sobrino al infierno: no quiero volverle á ver, no quiero oir hablar de él. (*Señalando á Elisa que llora.*) Vea usted eso! vea usted!

Eli. (*Viendo á Amadeo que llega.*) Ah! Él es.

José. Amadeo! (*Se lanza hácia él y el general le detiene.*)

Gen. Eh! tú tambien, te estarás quieto?

ESCENA XII.

DICHOS *y* AMADEO.

Ama. Deme usted la mano, padre, no me deseche usted: para ser digno de su amor... (*Viendo á Elisa.*) Cielos! Elisa! Ah padre mio! Soy aun mas culpable á sus ojos de usted de lo que imaginaba.

Gen. (*Con severidad.*) A que viene usted aqui, caballero?

Ama. A decirle á usted que he roto todos los lazos que me unian á esos placeres y locuras que con tanta justicia me ha echado usted en rostro: ya no seré un ente inútil, tengo una afrenta que borrar.

Bar. Cómo?

Ama. Acabo de ver al ministro de la guerra á nombre de usted, y me ha concedido lo que anhelaba, el honor de pertenecer á las filas del ejército; y se lo juro á usted, padre mio, moriré con gloria ó volveré digno del que me ha dado el ser y de aquella á quien amo mas que nunca.

ı partir!
ɪtros no lo permitiremos.
o permito. Vaya usted y distíngase como yo
ɪ y lo espero : esta accion casi le reconcilia
conmigo. Tiene usted pundonor y resolu-
stoy contento. (*Volviéndole la cinta.*) Vuel-
l á recobrar esa cruz.
sándole la mano con que se la entrega.) Ah!
mi general, gracias; la vuelvo á tomar co-
préstamo que he de satisfacer desde hoy; pe-
ı volverá usted á ver en mi pecho sin que
ecir «mi hijo es digno de llevarla.»
gada en lágrimas y con tono suplicante.) Y
iedará solo!...
a!
! no, aun te tengo á tí, Elisa, hija mia!
pero no es lo mismo!...
madeo.) Y cuando se haya usted adquirido
n nombre, cuando sea usted digno de ella,
ja de un valiente oficial! entonces vendrá
mí y me pedirá la mano de mi hija, y yo
debo concedérsela á usted.
voz ahogada.) Bien, padre mio!...
ernecido.) Bien, bien.
mio!
Enhorabuena, pero no creo que llegará nunca
aso de...
Irritándose por grados.) Y quién me lo estor-
á?
r. Ea!.. basta de locuras! En cuanto al matrimo-
nio..
Gen. Lo haré si quiero.
Bar. Nun; yo le digo á usted que no lo hará.
Gen. Y le digo á usted que sí, que sí, sí.
Bar. Nomientras yo viva...
Gen. Pate que usted me desafia á que lo intente!
Bar. Sí, desafio á usted, cuidado!
Gen. Sí (*Fuera de sí á Amadeo.*) Pues tómala ahora
mismoásate con ella... aunque no fuera mas que
que pue se la llevasen todos los diablos. (*Lleva
á Amo al lado de Elisa.*)
Ama. Pe mio! es posible!

Eli. Amadeo! Ah! señor!

José. (*Saltando de alegria.*) Bien, bien. mil veces bien!

Bar. General, ha llevado usted muy allá el acceso...

Gen. Usted casará á su baron como le parezca; yo caso á mi hijo como me acomoda. (*A Elisa y Amadeo que le besan la mano.*) Gracias, hijos, gracias; sobre todo es menester ser hombre de bien...

José. (*A un estremo del teatro enjugándose las lagrimas.*) Es mucho general... vivan los veteranos... y mi abuela cuando lo sepa?... ay que contento que estoy. (*Llora.*) Tengo gana de reir y no puedo.

Gen. Ey... tú qué estás ahi bailando, buena alhaja, tú eres quien lo ha hecho todo, ahora has de decir qué es lo que tú quieres ser, qué carrera...

José. Yo mi general? quiero continuar en mi oficio, aprenderlo bien y hacer fortuna como mi maestro, que es rico, condecorado, diputado, casado... en fin todo, y con el tiempo yo tambien espero serlo.

Gen. Enhorabuena; pero cuando menos, ahora q estoy de gracias quiero hacer algo por tí, qui que me digas lo que apeteces sobre todo en este mento: vamos á ver.

José. Sobre todo? Yo apetezco una cosa que me daria muchísimo... pero puede ser que usted quiera...

Gen. Qué es? veamos, habla.

José. Quisiera... mi general... darle á ustel un abraz

Gen. (*Alargándole los brazos.*) Tómale, hio mio, ve abrázame. (*José se precipita en sus braos y cae telon.*)

FIN.

